

# DOS ACCIONES NAVALES POCO CONOCIDAS

## COMBATE NAVAL ENTRE ARAGONESES Y PISANOS

Antonio Luis MARTÍNEZ Y GUANTER



UNA vez asegurada la isla de Cerdeña, el rey don Jaime II de Aragón quiso poner un gobernador en aquella isla, en la que venía ejerciendo el cargo el almirante de Aragón don Francisco Carrós, para dejar libre al almirante y que no tuviera que solucionar tanto problemas en la mar como en la isla. La idea no era mala, pero en el siglo XIV eso solía ser muestra de pérdida de confianza por el monarca, lo cual no gustó nada a don Francisco. Pero esto es tema aparte, ya que la razón al final fue del almirante y no del nuevo gobernador.

Para cumplir la real orden se dispuso de dos galeras, las cuales fueron abordadas por el recién nombrado gobernador de la isla de Cerdeña, don Ramón de Peralta, al que acompañaban unos 150 caballeros de los mejores del reino. Ya todos a bordo zarparon del puerto de Salou el día 21 de diciembre del año de 1326 con rumbo a la isla: primero a remo y, cuando saltó un viento favorable, se navegó con éste y por remo a cuarteles a un ritmo de dos paladas por minuto.

El día 25, la galera que portaba a don Ramón de Peralta arribó a un surgidero próximo al de Bonayre; pero su compañera, algo menos afortunada, se retrasó y no pudo arribar. Para evitar males mayores su capitán decidió quedarse algo alejado de la costa por haberse hecho de noche y no arriesgar en aguas desconocidas la nave.

Al amanecer del día siguiente, la galera que estaba en la mar se encontró de pronto con doce pisanas, que iban de vuelta encontrada y no muy contentas por ser parte de los restos que el día anterior habían sido vencidas por el almirante don Francisco Carrós en el combate de Caller, estando al mando de don Gaspar de Oria, a las que les seguían otras cinco y tres leños. En total, veinte buques contra uno.



Jaime II de Aragón.

Ante tan desigual encuentro era lógico que el capitán aragonés ordenara inmediatamente boga de «arrancada» (cuatro paladas por minuto), pero en dirección opuesta para huir de los pisanos y evitar un encuentro que sólo podría acarrear la pérdida de numerosas vidas. Quiso la suerte que el viento rolara en contra de las galeras pisanas, lo que sumado al cansancio de sus hombres debido al combate del día anterior hacía prácticamente inútil el intento de dar alcance a la galera aragonesa por lo mucho que les costaba avanzar. Pero al mismo tiempo habían divisado a la galera de don Ramón Peralta, que se encontraba a resguardo de la mar en el surgidero, así que decidieron abandonar la caza de la primera y dirigir sus esfuerzos a capturar la segun-

da, ya que nada indicaba que se fuera a mover de allí.

Don Ramón, viendo que dejaban de perseguir a su compañera y que aprobaban con rumbo al surgidero, reunió a todos los caballeros y les dijo que las posibilidades de éxito eran nulas, ya que se les venían encima nada más y nada menos que veinte buques con un gran número de hombres a bordo. Pero todos decidieron combatir sin tregua, defendiendo a su rey y su pabellón hasta morir, por lo que se prepararon las pavesas y se proveyeron de todo el armamento posible, dispuestos a cumplir su palabra.

Arribó a ellos la escuadra y les atacaron con cuatro galeras, que intentaron pasar al abordaje, pero fueron rechazadas totalmente. Éstas fueron sustituidas por otras cuatro, que igualmente fueron rechazadas después de dos intentos de abordaje. Viendo que no podían con la galera aragonesa, reanudaron un nuevo ataque, esta vez con seis, pero al igual que en ocasiones anteriores los pisanos fueron de nuevo devueltos a sus naves y no muy bien tratados.

Sin poderse creer lo que estaba sucediendo, lo intentaron de nuevo, pero esta vez con palabras, conminándoles a darse por vencidos y rendirse, a lo que Peralta les respondió que hicieren su deber, que él sabía cumplir el suyo.

Esto enfureció a los pisanos, así que Oria dio orden de dividirse en cinco formaciones y lanzarse todas a la vez contra la galera, recibiendo ésta el ataque por proa, popa, los dos costados y por la amura de babor.

Los aragoneses parecían estar en todas partes al mismo tiempo: mientras unos apagaban el incendio de las velas, otros corrían por la cubierta para reforzar los diferentes ataques, siempre acudiendo al punto de mayor riesgo, y cuando en ese punto ya estaba controlada la situación, volvían a acudir en apoyo de otro punto de la galera que en ese momento sufría el envite enemigo. Al mismo tiempo, cuando algunos de los caballeros caían heridos eran llevados a un punto más seguro, desde el cual seguían apoyando a sus compañeros con la ballesta, que a forma de francotiradores no era poco el apoyo que significaban, manteniéndose en esa situación hasta que sus fuerzas les impedían continuar.

Sabedores de que todo era aprovechable, cuando un dardo enemigo se clavaba en la empalizada o daba en alguna madera, éste era arrancado y puesto de nuevo en la ballesta, desde donde lo devolvían al enemigo. Igualmente, si alguno daba en los cuerpos de los caballeros en los lugares no protegidos por la armadura, se lo desclavaban y efectuaban la misma operación. Todo esto, observado por los enemigos, les iba restando valor y moral.

Una de la galeras enemigas, dispuesta a todo para acabar con aquella tragedia, se dirigió a boga arrancada contra la aragonesa y lanzó innumerables arpeos para aferrarse, para conseguir al menos servir de puente al resto. Pero la reacción de los caballeros fue inmediata y se lanzaron con todas sus fuerzas, unos a picar los cables de amarre, otros a lanzar todo tipo de piedras, hierros e incluso troncos, mientras otro grupo lanzó unos cabos que se enredaron en el palo mayor de la galera enemiga, y comenzaron a tirar de ellos con tanta fuerza que la nave perdió estabilidad y todos sus tripulantes se vinieron sobre la banda. Debido al peso el buque escoró y, por estar su casco en muy mal estado debido al golpe de la embestida contra la galera aragonesa, se abrió y se fue a pique en pocos minutos.

Esto hizo que a partir de entonces se limitaran a separarse y lanzar todo tipo de armas arrojadas sobre la galera aragonesa, pues resultaba imposible creer la resistencia del casco y el valor de su dotación, que parecían hacerla inexpugnable. Pero incluso esta forma de combatir era contraria a los enemigos, ya que la galera aragonesa era gruesa (de las de más de veintiséis remos) y las enemigas bastardas (de entre veintidós y veinticuatro), por lo que estas armas eran devueltas al enemigo si impactaban en la pavesa, añadiéndose que la aragonesa era más alta de borda por su mayor tamaño, lo que la convertía en casi un mirador sobre la enemiga, de forma que sus oponentes quedaban todos a la vista y al descubierto de las armas aragonesas, por lo que, dada la gran cantidad de gente amontonada sobre las galeras, era casi imposible fallar.

Sin saber muy bien dónde estaba el fallo de sus ataques, faltos ya de materiales arrojadizos e incluso de simples dardos, decidieron pasar a otra táctica, que no era otra que la de embestir con sus proas todos a la vez a la aragonesa; así que enfurecidos por su fracaso se separaron del vaso aragonés, viraron y, a boga arrancada, se abalanzaron sobre ella, no dejando de hacerlo hasta ser frenados por la estructura de la galera.

La aragonesa soportó perfectamente el choque, mientras que las enemigas quedaron todas sin espolón (las pocas que aún lo tenían). Viendo que ni así se podía partir el vaso, cada capitán pasó a mandar sucesivos ataques, igualmente bien soportados por la galera aragonesa, ya que, aunque de forma individual, se trataba del mismo procedimiento usado anteriormente, lo que convenció definitivamente a los pisanos de la imposibilidad de doblegar la pertinaz resistencia de los caballeros de Aragón.

Ya había comenzado a anochecer, y esto les indicó que la caza había terminado, pues sus galeras estaban todas en muy malas condiciones. Sus proas estaban destrozadas y, si la mar se embravecía, se irían a pique sin remedio. Así, maltrechos los vasos, fuera de sí los capitanes, que no lograban entender tan poderosa defensa, agotados los combatientes y totalmente desmoralizados, bogaron para ir separándose de la invencible galera aragonesa y abandonar el lugar del combate.

El combate duró nueve horas y se recibieron ocho ataques. Los gibelinos perdieron una galera y más de quinientos hombres, doscientos de ellos en la galera hundida. El número total a bordo de los veinte buques al comenzar el combate ascendía a dos mil quinientos hombres de armas. Por parte de Aragón quedó la misma galera y sólo hubo que lamentar un muerto y cuarenta heridos de los casi doscientos que iban en ella: los ciento cincuenta caballeros, más algunos sirvientes.

No sabemos si en los anales de la historia naval existe un caso siquiera parecido. Es casi imposible creerlo, de no ser por estar documentado por los escritos de varios de los caballeros, así como el que envió don Ramón de Peralta a su rey y que se encuentra en el Archivo del Reino de Aragón.

#### BIBLIOGRAFÍA

- SALAS Y GONZÁLEZ, Francisco Javier: *Marina Española de la Edad Media*. Imprenta Ministerio de Marina. Tomo I, 1925, 2.<sup>a</sup> Edición. Tomo II, 1927. Edición póstuma.
- ZURITA, Jerónimo: *Anales de la Corona de Aragón*. CSIC, Institución «Fernando el Católico». Zaragoza 1967. Facsímil de la Edición Príncipe de 1562 y la mejorada de 1585.

## BURLANDO A LOS INGLESES SOBRE LAS AZORES



OR real orden del rey don Felipe II se estaba concentrando una gran escuadra para componer otra gran expedición con la intención de invadir Inglaterra. Se le entregó el mando del conjunto al almirante don Diego Brochero, dando al adelantado mayor de Castilla don Manuel de Padilla el mando del ejército a desembarcar. Iban, como capitanes, Zubiaur, Oliste, Vaillaviciosa, Bertendona, Antonio de Urquiola y Marcos de Aramburu.

Fue designado Ferrol como puerto de concentración de la expedición, la cual estaba formada por veinte buques del rey, doce de particulares, veintisiete alemanes y veinticinco flamencos; en total ochenta y cuatro velas, que en sus portes iban desde el galeón *San Pablo*, nave capitana de 1.200 toneladas, hasta una galizabra, por nombre *Esperanza*, de 70.

Las naves de los particulares estaban encabezadas por el galeón *Almiranta*, también de 1.200 toneladas, y el *Misericordia* de 1.000, así como otro del rey, también de 1.000, llamado *San Pedro*. Las naves alemanas y flamencas eran todas urcas, desde 600 toneladas la mayor hasta 70 la más pequeña, con un total de 25.911 toneladas.

Los ingleses, que mantenían informadores en todos nuestro puertos —y en muchos otros sitios—, pasaron informes del peligro que se cernía sobre su isla y de la rapidez con que se estaba formando esta expedición con destino a desembarcar en sus costas. Se pusieron entonces a trabajar para reunir a su vez otra escuadra para combatir a la española, consiguiendo, aún en menor tiempo, formar una compuesta por ciento veinte velas. El mando le fue entregado al conde de Essex, que tenía como subordinados a Tomás Howard y Walter Raleigh. Para que nada quedara sin preparación, pidieron ayuda a los holandeses, quienes les aportaron otra escuadra formada por veinticinco buques de guerra.

Reunidas las escuadras en el puerto de Plymouth, se hicieron a la vela el día 9 de julio del año 1597 con la intención de adelantarse y destruir la expedición española en el mismo puerto antes de que pudiera hacerse a la mar. Pero encontrándose sobre las aguas del cabo Finisterre, el dios Eolo desató un fuerte temporal del nornordeste (también ellos los sufrían). Viéndose obligados a capearlo, fueron arrastrados de tal forma que aparecieron en las islas Azores. Allí, como sabían que era el punto de recalada de las flotas de Indias, la escuadra se separó en varias divisiones para explorar las islas por si había suerte.

Pero debido al temporal los buques habían quedado separados en pequeños grupos inconexos. Walter Raleigh fue el primero en alcanzar las islas y desembarcó en Fayal para recuperar a su gente, tomando de paso esta parte de la isla por estar casi indefensa. Esta acción malhumoró mucho al conde de Essex, ya que su obligación no era la de tomar las islas, sino la de impedir que la expedición española llegara a las costas de Inglaterra.

Ya reunidos, atacaron la isla de San Miguel y Villafranca, pero no se atrevieron a efectuarlo en firme al darse cuenta de la gran defensa del lugar. Por otro lado, no había indicios de que se encontrase en estos puertos buque alguno de la Flota de Indias. Sí pudieron averiguar, sin embargo, que ésta, al mando del capitán general don Juan Gutiérrez de Garibay, formada por 43 velas y con diez millones de pesos estaba en Agra (isla Tercera), donde se refugió con toda su flota al ser conocedor de la presencia inglesa en aquellas aguas y de la gran cantidad de buques que la componían. Este capitán de mar y tierra, junto a don Bernardino de Avellaneda, fue el que exterminó la escuadra del pirata Sir Francis Drake en las aguas de la isla de Pinos, por lo que ya era muy bien conocido por los ingleses.

Pero Gutiérrez no permaneció inactivo, pues era muy posible que lo encontraran y lo atacaran; así dio orden de desembarcar el tesoro que transportaban, dejándolo a buen recaudo en el castillo; se montaron en la playa unas baterías con los más gruesos cañones de los galeones desembarcados y las tropas con todo su armamento excavaron en la tierra formando una estacada, donde se atrincheraron, quedando así protegidas y dando muy pocas probabilidades de éxito a un posible desembarco o ataque.

El conde de Essex quiso comprobar personalmente si era cierto lo que le decían de la invulnerabilidad de las defensas, así que muy decidido penetró con su galeón en el surgidero de Agra llegando a la distancia del tiro de un cañón. Tal prueba de valor y de cálculo le salió mal, ya que desde la playa se abrió fuego con dos piezas; un proyectil le impactó en el corredor de popa y otro en el timón, lo que le obligó con difíciles maniobras a salir del alcance de la artillería, comprobando de paso que los españoles no fallaban tanto como al parecer él pensaba. No obstante, por su perseverancia en conseguir el botín ordenó que se quedaran sus buques realizando cruceros sobre la bocana del canal, mientras su galeón pasaba a manos de carpinteros y calafates para reparar, sobre todo, el timón.

Esta actitud llevó a Gutiérrez a pedir consejo de guerra de capitanes, ya que la cuestión a decidir no era sencilla: se sabía que no menos de 150 velas inglesas y holandesas les estaban esperando. También sabían que si permanecían en la rada, por ser ésta muy amplia, no estarían protegidos de los temporales del invierno; quedarían, por tanto, a su merced, con el riesgo de que los buques fondeados perdieran sus cables y acabaran todos destruidos sobre las rocas o embarrancados. Por consiguiente, permanecer encerrados en ella no era una buena idea, pues de una forma u otra la flota podría perderse por

completo, por lo que había que sopesar muy bien la decisión a tomar.

Como buenos capitanes que eran, siempre preferían la acción a la inoperancia, por lo que no les costó mucho tomar la decisión. Así, se inclinaron todos por probar suerte y zarpar, ya que la flota llevaba unos buenos galeones que podían salvarla en caso de no encontrarse con todos los enemigos reunidos.

Esperaron a que los vientos fueran propicios, y una noche se dio la orden de largar las velas y picar los cables de las anclas para no perder tiempo en zarpar. En muy poco tiempo estaban todos en mar abierto con rumbo a su destino. Al segundo día se cruzaron con una de las divisiones de la escuadra inglesa, que estaba al mando de William Monson, pero éste no disponía de buques capaces de enfrentarse a los grandes galeones, así que se limitó a dar la orden a sus buques más ligeros para pasar la comunicación de haber avistado a la flota española, para que el resto de las divisiones pudiera acudir a apresarla. Pero —aunque históricamente nos han hecho creer otra cosa— los buques españoles eran algo más rápidos, por lo que se le fueron alejando, consiguiendo doblar el cabo de San Vicente y arribar todos a Sanlúcar de Barrameda con el tesoro a bordo ya a salvo.

Fueron recibidos con gran alegría por todos y acompañados de grandes fiestas, pues a pesar de la gran cantidad de buques enemigos todos habían sido burlados, lo que propició que don Juan Gutiérrez de Garibay se ganara una merecida fama de gran marino en todos sus conceptos.

Según los escritores ingleses, su gran escuadra había conseguido hacer tres presas de las naves que quedaron rezagadas; sumando el contenido y el valor de los buques, el botín se estimó en unos cuatrocientos mil ducados. Pero obviamente no calculaban el valor de armar una escuadra de 120 velas, así que lo conseguido, sabiendo el coste de formar una de las nuestras, no cubría ni para pagar los sueldos de los aprendices de marineros. Esto, dando por



Robert Devereux, segundo conde de Essex, por Marcus Gheeraerts.



bueno lo escrito por ellos, que podemos poner en duda, teniendo en cuenta cómo se llevaban los números en la Casa de Contratación. Desde luego, si se hubieran perdido tres buques de la flota, algún damnificado habría dicho algo.

El conde de Essex, bastante malhumorado, puso rumbo a su isla. Al arribar presentó una queja a la reina Isabel I Virgen sobre el comportamiento y la desobediencia de sus órdenes por parte de su subordinado Walter Raleigh, lo que le supuso —seguramente por desconocer que Raleigh era uno de los predilectos de S. M., a lo que se sumaba que la reina despreciaba al conde por sus altanerías y salidas de tono— que Isabel I aprovechara para dar la orden de encarcelarlo en la Torre y al año siguiente, 1601, fuera decapitado, cuando contaba con treinta y cuatro años de edad.



#### BIBLIOGRAFÍA

FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *La Armada Española, desde la unión de los reinos de Castilla y Aragón*. Museo Naval. Madrid. 1973.